



XIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Se quedó sorprendido de su falta de fe”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Ezequiel 2,2-5; 2Corintios 12,7-10; Marcos 6,1-6

El evangelio de Marcos se manifiesta siempre atento a la cuestión de la fe de las personas que se relacionan con Jesús. La mujer, que padecía flujo de sangre, aunque no pertenecía al entorno de Jesús, “al oír hablar de Jesús” confía, se acerca y toca su manto, recibe el elogio: “Hija, tu fe te ha salvado” (5,34). Lo mismo, más adelante, Bartimeo, el mendigo ciego de Jericó, al enterarse de que era Jesús de Nazaret el que pasaba, confía y le ruega: “ten compasión de mí”. Además de recibir la vista, le escucha decirle: “Tu fe te ha salvado” (10,47,52). Por el contrario, a los discípulos, que ya caminaban con él, cuando, a pesar de su presencia en la barca, se sienten aterrados ante la tempestad, les reprocha: “¿por qué no tienen fe?” (4,40). Y ahora, ante sus paisanos de Nazaret, que lo habían visto crecer y conocían a su madre y a sus parientes, y que, incluso, se admiran de su sabiduría y de sus milagros, “se quedó sorprendido de su falta de fe” (6,6). Admirados, pero incrédulos.

A veces confundimos el verdadero sentido de la fe. Creer en Jesús y confiar en su persona es más que conocer, incluso admirar, algunos aspectos de su vida -sus “milagros”-, o de su mensaje -sus parábolas-, que anuncian el reinado de Dios. Es lo que sucedió con sus paisanos de Nazaret. Admiran y se enorgullecen de las cosas maravillosas que se cuentan de su vecino Jesús. Pero a la vez asoma en ellos una sospecha un poco mezquina: ¿De dónde le viene esto..., qué sabiduría es esta... y esos milagros...?”

Le conocían demasiado: sus orígenes en el poblado -su madre “María”, a la que no reconocen especial importancia-, su trabajo de artesano -“carpintero”- dedicado a oficios y servicios manuales requeridos por los habitantes de la aldea. Mucho se ha escrito sobre la expresión “hijo de María”. Parece que no era frecuente en el judaísmo contemporáneo designar a una persona por referencia a la madre, salvo en caso de una maternidad no reconocida por el padre o que éste hubiera fallecido tempranamente. En todo el evangelio de Marcos no hay alusión a José como padre humano de Jesús. Más

* Ciclo A

bien, Marcos al inicio de su evangelio presenta a Jesús como “Hijo de Dios” (1,1) y casi lo concluye con la confesión del centurión romano; “verdaderamente este hombre era hijo de Dios” (15,39). Puede ser –piensan algunos- que, en la mentalidad de la gente, la expresión “hijo de María” tuviera un tono negativo para desconfiar del origen de su famoso paisano. Otros, muchos biblistas, reconocen una velada alusión a la tradición de la concepción virginal de Jesús, testimoniada en los evangelios de Lucas y de Mateo. No obstante, en el relato paralelo de Mateo (13,55) se le designa como “el hijo del carpintero”, sin mayor relieve social; en el paralelo de Lucas (4,22) se le menciona como “el hijo de José”.

La cuestión central en el evangelio de Marcos se refiere a la identidad de Jesús y con qué “autoridad” habla y actúa. Al comienzo y al final lo deja bien claro. Pero en la trama de su narración hay que ir tomando posición. Por primera vez en su relato, Marcos ha dejado caer una observación que es casi una fórmula para expresar la fe en Jesús: “sus discípulos le siguen”. Caminan con él, van adhiriéndose a su persona y a su mensaje. Después de la experiencia en la barca, cuando lo de la tempestad, han ido aprendiendo a confiar en Jesús, como habían visto que confiaron Jairo y la mujer curada de su enfermedad. Su proceso no estará exento de dudas y vacilaciones, pero se han puesto en camino con él y “le siguen”. La fe es un proceso, un camino; no consiste primero en un saber. Es más una admiración que invita al seguimiento, a la confianza de que vale la pena estar cerca, tenerlo en cuenta a la hora de tomar decisiones importantes, contar con su presencia y su aliento para afrontar los desafíos que a veces parecen ser superiores a nuestras fuerzas y a nuestras claridades. La fe conlleva la confianza y la alegría de que siempre contamos con la cercanía y el aliento de “nuestro paisano”. El Resucitado ya no es solo el “nazareno”. Es el Cristo y Señor de todos.

El contraste es grande con los de Nazaret: “Se escandalizaban a causa de él”. Cuando se puso a enseñar en la sinagoga. La gente, “al oírle, quedaba maravillada”. Y poco después se constata: “se escandalizaban a causa de él”. ¿Qué pasó? Jesús les habría hablado del Dios, padre bondadoso y cercano –las curaciones de los enfermos- a Israel, el pueblo elegido. Eso, sin duda, les maravillaba. Pero el Padre bondadoso – insistía igualmente- reclama hijos e hijas que se amen, se cuiden y se respeten sin discriminaciones, y eso les escandalizaba. Les hablaría de la cercanía del reinado de Dios como una buena noticia para los pobres y eso les maravillaba, pero ese reinado exige justicia, pan compartido y perdón, y eso les escandalizaba. Jesús los confronta con un dicho conocido: “Un profeta sólo en su patria, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio”. Quizá también hoy, entre los de su casa -los cristianos- se conjugan la admiración y el escándalo ante el testimonio y las palabras de Jesús. Admiramos sus parábolas y milagros como manifestación de su divinidad, pero nos resulta escandaloso escuchar su libertad para priorizar la vida del tullido y tocar la carne enferma –e impura- del leproso a la rigurosidad de la Ley del sábado y de la pureza. La exigencia religiosa de conversión a Dios no sería auténtica sin solidaridad y justicia para con los pobres de este mundo. No es fácil entender a Jesús y creer en él, seguirle y tomarle como referente definitivo de nuestros criterios, opciones y estilo de vida, sobre todo su manera de

acoger y tratar a los otros -especialmente a los pobres y a los pecadores- como iguales y hermanos. En eso consiste la fe y el seguimiento de Jesús.

“Y no podía hacer allí ningún milagro, a excepción de unos pocos enfermos a los que curó imponiéndoles las manos”. Extraña frase, que resalta una limitación de Jesús para realizar los “signos” del Reino. Los “milagros” de Jesús más que expresar un poder extraordinario, invitan a reconocer la compasión de Jesús y su compromiso con la vida de los que sufren, como signos de la nueva presencia salvadora de Dios en su pueblo. Por eso “se maravilló de su falta de fe” para creer en él y seguirlo. El episodio anticipa la incomprensión y el rechazo final de los de “su patria”. Igualmente advierte de la incomprensión y rechazo de algunos que hoy, aun llevando su nombre, no “siguen” -o no seguimos, ¡jojo!- en la práctica su camino y su evangelio.

En la primera lectura, el mensaje que recibió en su tiempo Ezequiel alertaba la situación de todo auténtico profeta: debe anunciar con fidelidad la palabra de Dios, aun a sabiendas de que no será bien recibido y escuchado. Lo experimentó el mismo Ezequiel, más tarde Jesús, y en nuestro tiempo muchos profetas -mujeres y hombres, laicos, religiosas y obispos- supieron del rechazo y hasta del martirio. La profecía es imperiosa vocación de toda vida cristiana, ejercida a contracorriente de mentalidades y prácticas que la contradicen.

Pablo, en la segunda lectura, ofrece testimonio de su fidelidad en medio de sus “debilidades” y alude explícitamente a “injurias, necesidades, persecuciones y angustias sufridas por Cristo”, por su seguimiento a Jesús y por el anuncio de su evangelio. Pero lo afronta con fe y coraje, fiado del Señor que le responde: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se realiza en la flaqueza”. Y así termina confesando: “pues cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte”.

Ezequiel, Pablo y Jesús nos preceden en el testimonio de la fe y de la fidelidad. Jesús constató, seguramente decepcionado, la falta de fe de sus paisanos, pero siguió su camino: “recorría los pueblos del contorno enseñando”. Que nosotros hoy –discípulas y discípulos- no lo decepcionemos y que, aun con nuestras debilidades reafirmemos nuestra fe en él y su evangelio, y le sigamos por el camino en el que posiblemente encontremos indiferencia y resistencias. Pero, en todo caso, no dejemos de hacer, como él en Nazaret, algunos pequeños gestos de solidaridad y de sanación.